

Homilía de **JOAQUÍN GONZÁLEZ, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Enero-Marzo 2008, Nº 281)

Queridos sacerdotes concelebrantes, queridos familiares del P. Quintín Peña, amigos todos:

Nos hemos reunido en el nombre del Señor para celebrar la muerte y resurrección de Cristo, recordando en su Misterio otra muerte y otra vida: la del P. Quintín Peña. El pasado sábado, 24 de noviembre, al finalizar el día, el P. Quintín fue integrado plenamente al Misterio Redentor de Cristo, a su muerte y resurrección.

Todos los presentes acompañamos y compartimos el dolor de su familia: el de sus hermanos de sangre y Congregación, Benjamín y Jeremías, el de su hermana Teresa, Hija de la Caridad, y el de sus sobrinos.

En la celebración de esta Eucaristía, unidos en comunión, manifestamos nuestra esperanza: *El que cree en mi, aunque haya muerto, vivirá... En la vida y en la muerte somos del Señor, pues para eso murió y resucitó Cristo, para ser Señor de vivos y muertos.* Creemos firmemente, y esperamos, que el P. Quintín se ha encontrado ya, y ha sido abrazado por el Autor de la vida. Es ya plenamente del Señor por la muerte quien lo fue, durante 79 años, por su vida.

Hoy es un día para dar gracias a Dios por la vida del P. Quintín, nuestro hermano de Congregación. Deseamos honrar su memoria como signo de gratitud. Damos gracias al Señor por el don de su persona, nacido en Carvajal de Fuentes (León), el año 1928. Y damos gracias por su ministerio, desempeñado siempre con gran sentido de la responsabilidad, en varias de nuestras Casas de formación y en diferentes parroquias.

La entrega y la disponibilidad del P. Quintín quedan patentes al comprobar los doce destinos que tuvo y los diferentes lugares en los que trabajó: Limpias, Villafranca, Andújar, Hortaleza, Valladolid, Burgos, Quintanadueñas, Valdemoro y, finalmente, esta Casa Central de Madrid. Damos gracias a Dios por estos cinco últimos años que el Señor nos ha concedido gozar de su compañía en esta comunidad y, últimamente, en la enfermería.

No nos cansamos de decir que la enfermedad y el dolor son un misterio. Pero hasta que no lo experimentamos no lo comprendemos bien. El P. Quintín sí ha experimentado en su propio cuerpo este gran misterio. Es más, me atrevo a decir que lo ha vivido con gran paz y serenidad. En definitiva, porque era un hombre de fe y un hombre bueno, agradecido siempre a los cuidados y atenciones recibidas.

¿Cuántas preguntas se nos han quedado sin respuesta ante la enfermedad final del P. Quintín? ¿Por qué tanto dolor, por qué tanto sufrimiento, por qué tanta cruz?

Para nosotros, hombres y mujeres creyentes en Jesucristo, la única respuesta la encontramos en el Señor que *por Cristo y en Cristo, nos ha iluminado el enigma del dolor y de la muerte* (GS 22). Fuera de Cristo, el sufrimiento es absurdo. A la luz de la muerte y resurrección de Cristo, a la luz del Espíritu Santo, el sufrimiento tiene un sentido: es un *medio para* conseguir un fin mayor; no es el punto de llegada, es sólo el camino.

El sufrimiento, a la luz de la Pascua de Cristo, se hace luminoso, tiene un sentido para el que lo sufre, aunque esto no le quite nada de su crudeza. Jesús no vino a suprimir el dolor, sino a darle un sentido. Pienso que el P. Quintín, acompañado por sus hermanos con tanto cariño y constancia, por el personal de la enfermería y por esta comunidad de la Casa Central, ha vivido y ha muerto dando verdadero sentido cristiano a esta última etapa de su vida. Ha completado con el propio sufrimiento *lo que falta a los padecimientos de Cristo* (Col. 1, 24).

Hermanos, invoquemos ahora la misericordia de Dios, compasivo y misericordioso, sobre su vida, sobre su historia y su persona. Después de la muerte, Dios mismo es ya su compañía. Confiamos ciertamente en la ternura del amor de Dios, en su perdón y en su misericordia.

Dejamos el destino del P. Quintín en sus manos: con dolor, pero también con una gran paz; con lágrimas, pero llenos de esperanza. Pedimos hoy a Dios que premie todos los trabajos de su generosa y entregada vida como sacerdote y misionero paúl.

Vamos a seguir la celebración. En el ofertorio y en la consagración, adentrémonos en el misterio que celebramos: la muerte y la resurrección de Cristo. Él se ha entregado, en su infinito amor, por nosotros. Él ha resucitado para nuestra justificación. Aún resuenan en nuestros oídos esas palabras que escuchábamos, ayer, en el evangelio de la fiesta de Cristo Rey: *Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*. Sí, en nombre del P. Quintín, todos nosotros, los que le hemos conocido y querido, decimos al Señor: acuérdate de él, admítele en tu Reino donde ya no hay sufrimiento, ni dolor, sino paz y descanso eterno.

En esta Basílica, en la que fue ordenado sacerdote, el 14 de septiembre de 1952, por Monseñor Emilio Lissón, le despedimos hoy. Y lo hacemos, también, bajo la mirada de nuestra madre la Virgen Milagrosa. A ella le decimos: Oh, María, acompáñale en su tránsito hacia la Luz divina, Jesucristo, a quien siempre siguió. De esta manera, con tu intercesión, podrá escuchar también las palabras de tu Hijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Así sea.